



Encrucijadas Árabes

Hay muchas interrogantes en relación con la reciente ola de disturbios de orden político que ha sacudido al mundo árabe. Aquí un recorrido histórico que presenta su lejano origen y evolución, así como un análisis de los eventos más recientes.

Gustavo de Arístegui

Diplomático de carrera desde 1989, político y profesor universitario. Ha sido segundo jefe de las embajadas de España en Trípoli, Libia, Amman y Jordania.

Las independencias de los Estados del mundo árabe empiezan a producirse inmediatamente después del final de la Segunda Guerra Mundial, si bien algunos ya habían logrado la emancipación política aprovechando la debilidad de Francia durante el conflicto. Los Estados surgidos de este proceso están marcados inexorablemente por el signo de la Guerra Fría

y son actores, víctimas, catalizadores o vecinos de algunos de los conflictos que surgen en esos momentos, buena parte de los cuales sigue enquistado en estas fechas. El ejemplo más claro de esto último lo constituye el conflicto árabe-israelí y la imposibilidad de lograr una solución justa, global y duradera en el marco de la teoría de la solución de dos Estados.

No todos los regímenes surgidos de la independencia aguantaron el envite que suponía el conflicto no declarado, librado en mil frentes, que supuso la Guerra Fría. A la efervescencia geopolítica que convirtió a buena parte de esa región en campo de batalla propicio entre los dos bloques, se unió también el surgimiento de ciertas ideologías, como el nacionalismo árabe y el movimiento pa-



narabista, que, como consecuencia de la tensión este-oeste, se convirtió en uno de los elementos más importantes y significativos del bloque soviético en su antagonismo con el occidental.

En Egipto, el derrocamiento del rey Faruk por el héroe de las masas árabes, Gamal Abdel Nasser, convirtió la ideología panarabista concebida por pensadores cristianos árabes en una ideología de masas que enardeció a muchísimos árabes que tenían aún fresca la traición occidental (franco-británica) del Pacto de Sykes Picot de 1916. Las promesas hechas por el imperio británico a las dos principales familias de la Península Árabe sobre el liderazgo de la nación árabe, así como su evidente olvido de la preeminencia egipcia en ese mundo, plantaron la semilla de la irritación, el descontento y la potenciación de un antioccidentalismo alimentado por las heridas muy frescas del colonialismo.

Los regímenes que han padecido revoluciones, revueltas, protestas o manifestaciones, aunque no hayan sufrido problemas con la misma intensidad, eran en mayor o menor medida herederos de la estabilidad poscolonial, o lo que es lo mismo, de aquellos regímenes que heredan algunos de los primeros gobernantes, como en Egipto, Siria, Libia o Irak, y que permanecen de forma bastante firme en el poder hasta este momento o, por lo menos, en este contexto histórico. En Siria, el golpe de Estado de Hafez El Assad sucede a un Gobierno, teóricamente, de la misma ideología que el suyo, baazista, que acaba convirtiéndose en una república hereditaria. En Irak, a la revolución de 1958 del coronel Kassem contra los hachemíes sucede el golpe de Saddam Hussein y su acceso definitivo en el año 1979, hasta su derrocamiento en 2002. En Egipto, la revolución de 1955 contra el rey Faruk alumbra con sucesiones dentro del mismo régimen, aunque de signo ideológico

cambiante, el sistema que lleva al poder a Hosni Mubarak, desde el asesinato de Saddat en 1981 hasta su derrocamiento en febrero de 2011. La familia real Sanusi de Libia es derrocada por la revolución del primero de septiembre de 1969, encabezada por el Consejo del Mando de la Revolución, que elegiría como líder al capitán de transmisiones de 26 años Muammar Al Gadafi, por ser miembro de una tribu menor, casi equidistante de Trípoli y de Bengasi, los Gaddafi. Cosa distinta es que supiera desmontar las propias estructuras de poder de la revolución para convertir una revolución clásica tendente a un partido único nacionalista árabe de izquierdas en una dictadura personal de ideología tan disparatada como incierta. En Túnez, el nacimiento del Estado independiente tiene unas características bien distintas a las de otros casos, debido a la inmensa personalidad ideológica y política de Habib Burguiba, un jurista ilustrado, a medio camino entre el paternalismo autoritario pero benevolente y la institucionalización democrática copiada de Europa, aunque sometida al dictado de un líder al que, a pesar de su larga permanencia en el poder, no se le vio nunca como un dictador entre la mayoría de su opinión pública. A este sucedió, con un golpe de palacio, un mediocre, oscuro y eficaz militar, Ben Ali, que pasó de agregado militar en Madrid o Rabat a ser jefe de los servicios de seguridad e inteligencia, ministro del Interior, primer ministro y, finalmente, presidente por golpe palaciego del 7 de noviembre de 1987, a partir del cual emula a otros autócratas árabes e intenta perpetuarse en el poder y dar continuidad en él a su familia más inmediata, en este caso a su segunda mujer, Laila Trabelsi.

Argelia es caso aparte, pues, para la Francia de la posguerra, el territorio argelino fue agrandado a costa de otros Estados, que accedieron a la independencia para conformar un vasto territorio, que el país gallo consideraba parte de su territorio nacional y



Mucha gente se pregunta por qué se producen las revueltas en este momento preciso, por qué ahora y no hace cinco años, por qué ahora y no dentro de cinco años.

no una colonia. Tras una sangrienta guerra que los argelinos llamaron "la del millón de mártires" (*Shahid*), obtuvieron la independencia, y fue establecido un régimen de partido único, nacionalista de izquierda, supuestamente no alineado (de hecho, fue uno de los líderes fundadores del movimiento de los No Alineados) y,

sin embargo, claramente alineado en la órbita prosoviética.

Jordania y otras monarquías de la región, especialmente en el Golfo, representan casos distintos, cada uno con sus particularidades y especificidades. Jordania se independiza el 25 de mayo de 1946, y mostró una envidiable estabilidad dentro de los más inciertos desequilibrios regionales, guiada por la habilidad del rey Hussein II, muerto en el año 1999.

Las monarquías del Golfo Pérsico pertenecen a una región absolutamente distinta al resto del mundo árabe, con una idiosincrasia particular, dictada por el tribalismo, la tradición, el desierto y su clima, el conservadurismo, las alianzas familiares entre monarquías y sus complejos e intrincados pactos con la potencia colonial hegemónica en la región, el Imperio británico. El ejemplo más claro de estos pactos, definitorios de la política de todas estas últimas décadas, ha sido la alianza entre la familia reinante en Kuwait, los Al Sabbah, y la reinante en Arabia Saudí, los Al Saud, de finales del siglo XVIII y consolidada a lo largo del siglo XIX.

Yemen constituye un caso peculiar en el Golfo, región de la que forma parte por ser un país de la Península

Arábica, aunque no tenga costas en el golfo que da nombre a la región. Al mismo tiempo, su carácter tribal, ciertamente junto con el de Libia el más intenso del mundo árabe, lo hizo víctima propiciatoria de divisiones, querellas y conflictos; su división en dos Estados, Yemen del Norte y Yemen del Sur, es el paradigma de la influencia de la Guerra Fría en la política y geopolítica del mundo árabe. Tras su unificación y restablecimiento de un poder supuestamente fuerte en Sanaa, salieron a la luz las debilidades de la estructura estatal yemení, al ponerse de manifiesto tanto su falta de cohesión estatal como de autoridad presidencial, a pesar de su carácter dictatorial y represor —podríamos decir que se trata de una dictadura cruel, pero débil— y de su incapacidad de controlar amplias partes de su territorio, lo que propició la instalación en esas regiones del país del terrorismo yihadista, y muy especialmente de algunas células de Al Qaeda y otras inspiradas por esa red terrorista.

Marruecos accedió a la independencia el 2 de marzo 1956, cuando la estructura de autoridad real representada por el rey Mohammed V consiguió que las administraciones coloniales francesa y española reconocieran, bastante más tarde que en otras partes del mundo árabe, al nuevo Estado independiente en lo que los propios marroquíes consideraban puramente fronteras provisionales. El régimen monárquico distaba mucho de ser constitucional, y no era sino una versión magrebí de otros regímenes árabes. La evolución política fue lenta, pero se aceleró con la muerte del rey Hassan II en 1992, solo para estancarse al muy poco tiempo por el adocenamiento de la clase política marroquí.

Hubo varios hitos en la evolución de estos regímenes. Hay que tener siempre en cuenta que cada región del mundo árabe y cada uno de los Estados es un mundo aparte, en consecuencia, los análisis generales de

brocha gorda que hemos visto en tantos estudios son, necesariamente, generalizaciones imprecisas que nos llevan a conclusiones erróneas. La invasión de Afganistán y la posterior disolución de la Unión Soviética en 1991 son dos fechas fundamentales para entender la historia reciente del mundo arabomusulmán y del mundo islámico no árabe. En plena Guerra Fría, la reacción del mundo islámico en su conjunto en contra de la Unión Soviética por su invasión de un Estado de la Umma (comunidad islámica de creyentes) fue respaldada por occidente, por considerarla consecuencia de un conflicto más de los muchos indirectos que enfrentaban a los dos bloques. En realidad, estábamos ante el primer episodio de una nueva era, en la que el protagonismo geopolítico y geoestratégico pasaba a ser el del islamismo radical, que habría de convertirse desde entonces hasta hoy en un actor fundamental y en una fuente permanente de violencia e inestabilidad. La retirada soviética de 1989, primer síntoma del desfundamiento soviético de 1991, supuso una victoria tangible, tanto política como militar y estratégica, del radicalismo yihadista, que se disponía a exportar el modelo al resto del mundo islámico, proceso catalizado por el regreso a sus países de los *muyahedines* o combatientes en Afganistán. El ejemplo más claro de esto supuso el estallido de la guerra contra el yihadismo que se produjo en Argelia en el año 1991, como consecuencia de la victoria del Frente Islámico de Salvación en la primera vuelta de las elecciones de aquel país.

El siguiente hito fueron los sucesivos cambios en algunos de los países más importantes del mundo arabomusulmán, como consecuencia del fallecimiento de sus dirigentes y el relevo por parte de sus hijos: Hussein II de Jordania y Hassan II de Marruecos en 1999, sustituidos por Abdala II y Mohammed VI, respectivamente; y Hafed Al Assad, reemplazado en 2000 por su hijo Bachar al Assad.

Las potencias occidentales, ante el abismo de incertidumbre provocado sucesivamente por el crecimiento, que entonces parecía imparable, del islamismo radical y del yihadismo, y que tuvo su punto culminante de terror y de impacto el 11 de septiembre de 2001, decidieron consagrarse a la más hipócrita de las doctrinas de *real politic* de intercambiar estabilidad y eficacia en la lucha contra el terror, e incluso el control de la inmigración irregular, por reconocimiento a los regímenes autoritarios y totalitarios del mundo árabe, dándoles legitimidad, apoyo político, económico y publicitario, sin tener en cuenta las legítimas aspiraciones de 350 millones de árabes que, solamente por el mero hecho de serlo, no debían ni podían estar condenados a ser seres humanos de segunda clase, sin

derechos ni libertades, o con estos muy limitados, muy en la línea del pensamiento racista de considerar arabidad e Islam incompatibles con la democracia.

Mucha gente se pregunta por qué se producen las revueltas en este momento preciso, por qué ahora y no hace cinco años, por qué ahora y no dentro de cinco años. Buena parte del sistema surgido de la Guerra Fría ya había entrado en crisis. Las estructuras más resistentes fueron reformadas, con la escandalosa excepción de las Naciones Unidas y de su Consejo de Seguridad. La situación estaba madura por una multitud de razones que convergieron en estos momentos. Regímenes autoritarios, totalitarios y opresivos que llevaban décadas en el poder sin dar la más mínima muestra





de flexibilidad o voluntad de evolución. La explosión demográfica de buena parte de los países árabes, que, en algunos casos, multiplicaron sus poblaciones hasta por siete en apenas 40 años. Un porcentaje elevadísimo de personas por debajo de los 30 años que no conocían otro Gobierno ni otra experiencia política que la de sus regímenes opresivos, y que, sin embargo, a través de los medios de comunicación modernos, sabían perfectamente de la existencia de un mundo distinto y claramente mejor que el suyo. La televisión por satélite, uno de los catalizadores esenciales del proceso, que actuó en varios frentes, primero difundiendo las voces críticas que surgían con una fuerza cada vez mayor en el mundo árabe, clamando por libertad y democracia, y después dando a conocer a otras partes del mundo árabe la magnitud y extensión de la represión de las dictaduras que actuaban en contra de los demandantes de democracia y libertad, fungió de voz crítica e implacable contra los regímenes y su represión, y fue la primera ventana por medio de la cual el resto del mundo conoció la violenta reacción de algunos dictadores y del grito de libertad aplastantemente mayoritario de estos pueblos. Al mismo tiempo, coincidió con el fuerte arraigo que en las clases medias y media alta había logrado la informática, los teléfonos móviles de última generación y las redes sociales, que sirvieron de plaza pública virtual y

de mensajero permanente e inagotable de denuncia y convocatoria.

El camino de las revueltas iniciadas es incierto y tortuoso. La ingenuidad y el exceso de optimismo de algunos analistas y medios resultaría enteneecedor si no fuera tan irresponsable. Es evidente que todos deseamos que el proceso culmine felizmente, con el establecimiento de sólidas democracias participativas, o que por lo menos desencadene procesos de transición democrática dignos de tal nombre. Sin embargo, solo los Estados más y mejor estructurados, con instituciones que puedan ser reformadas para servir de pilares esenciales de una democracia, verán la feliz culminación de sus complejos procesos. No todos los países las tienen; Parlamento, Poder Judicial, Gobierno y administración existen, por lo menos sobre el papel, pero su grado de desarrollo, eficacia y profesionalidad es muy distinto. Algunos países que han sido implacables dictaduras intentaban, sin embargo, construir por lo menos la apariencia de un Estado de derecho, pero como ya hemos dicho, hay casos en los que, como en Libia, no existe ni Estado, ni instituciones mínimamente reformables, ni Constitución, ni un marco jurídico mínimamente coherente que pueda servir de base a la paulatina construcción de un Estado democrático estable.

Hemos dicho que los islamistas radicales no han sido ni protagonistas, ni siquiera catalizadores principales de unos procesos que tienen un origen y reivindicaciones distintas. Sin embargo, su historia, arraigo e influencia en ciertos sectores de las sociedades arabomusulmanas, su experiencia política y social, su penetración en las sociedades a través de la educación y de los actos caritativos para consolidar su influencia política, o la solidez de algunas de estas organizaciones en no pocos de esos países, nos obligan a hacer un análisis serio sobre el impacto que su acción social y política puede llegar a tener en los procesos.

Los islamistas están creando partidos donde no los tienen para concurrir a las elecciones, tanto en Túnez como en Egipto. En este último país, se ha abierto un proceso de tensión interna en el seno del movimiento, que, aparte de su propio interés, va a separar a aquellos islamistas que pueden acabar convirtiéndose en miembros de un partido político islámico ultraconservador, y no avalará los métodos de aquellos que siguen la tradición del islamismo radical, ni apoyará los medios violentos, justificándolos o, en el mejor de los casos, guardando un silencio cómplice ante ellos. Los sondeos de opinión, con independencia de la fiabilidad que puedan tener, están indicando una tendencia muy clara de una gran fortaleza electoral en Egipto. Sabemos que, ante el temor que despiertan el aislamiento social o incluso el miedo a posibles represalias de los más radicales, muchos encuestados no dicen la verdad respecto de sus intenciones; sin embargo, las encuestas más fiables apuntan a que las diversas formaciones islamistas podrían obtener entre el 45% y el 50% de los escaños en disputa. Hay movimientos aún más radicales seguidores de la ideología salafista, la más extremista, que van confirmando como opciones políticas con creciente arraigo en algunas de las sociedades, lo que no deja de ser seriamente preocupante.

Buena muestra de esto es la proliferación de partidos islamistas en Egipto, en Túnez y en otros lugares del mundo árabe. Unos aspiran a seguir el modelo del AKP turco, es decir, convertirse en la democracia "cristiana" islámica, como es el caso de Al Wassad al Yadid ("el nuevo centro"), que pugnará por los votos islamistas frente a la formación política formada por los Hermanos Musulmanes, el Partido de la Justicia y la Libertad, y el partido de los salafistas, bautizado Nour, es decir, luz. Las declaraciones de los sectores más moderados de los Hermanos Musulmanes han calmado a los analistas políticos árabes e internacionales. La defensa del Estado de derecho y el pluralismo hecha por los dirigentes del partido tunecino En-Nahda ("renacimiento") ha tranquilizado los espíritus y ha hecho que algunos importantes analistas políticos europeos quieran ver en estos partidos islamistas el embrión de las democracias "cristianas" islámicas. Indudablemente, el islamismo es plural, heterogéneo, no solo entre países árabes y países islámicos no árabes, sino incluso dentro de los países donde, como hemos visto, las tendencias van desde la moderación de Al Wassad Al Yadid al extremismo más militante de los salafistas egipcios. Sin embargo, que nadie se llame a engaño, la vocación de los islamistas, si lo son de verdad, es la imposición de su propia interpretación, rígida, de la *Sharía*, que no es precisamente un modelo que inspiraría una democracia avanzada. El terrorismo siempre actúa con una voluntad firme y meridiana de perturbar, golpear, desestabilizar, coaccionar y, con todo ello, tener una influencia política y social clara en las sociedades contra las que actúa. El terrorismo golpea donde puede, es cierto, pero cuando lo hace tiene plena conciencia de las víctimas elegidas y de los objetivos pretendidos. Los procesos democráticos abiertos son mala noticia para el terror, pues la legitimidad y la fortaleza que tienen las democracias en la lucha contra el terrorismo es inexistente

en las dictaduras. En las sociedades democráticas, los terroristas son todavía más marginales que en los regímenes autoritarios. Los terroristas muchas veces justifican sus sanguinarias acciones como respuesta a la opresión de las dictaduras. En las sociedades democráticas, la transparencia y la libertad ponen aún más en evidencia las repugnantes intenciones del terror. Cuando el terrorismo golpea pretende lograr el máximo impacto, daño, publicidad y desestabilización. En este ámbito se inscribe muy claramente el atentado del 28 de abril de 2011 en el café Argana de la plaza Yemáa El Fnáa, de la ciudad de Marrakech, en Marruecos. La plaza es el símbolo emblemático de la ciudad más conocida y característica de todo Marruecos. Solo ella tiene el 21% del total de la capacidad hotelera del país en su conjunto. No solo hay tres millones y medio

de turistas que visitan la ciudad al año, sino que hay decenas de miles de extranjeros que han fijado en la ciudad ocre su residencia habitual. El atentado era una puñalada en el corazón de la industria turística marroquí, que pretende convertirse en uno de los motores principales de la economía del país. El segundo objetivo de los terroristas, cada vez más evidente, era intentar descarrilar el proceso de reformas políticas e institucionales anunciadas por el rey Mohammed VI el 9 de marzo de 2011. Un comunicado muy poco creíble, por totalmente inusual, de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI), que niega la autoría del atentado, solo nos hace sospechar más de la responsabilidad yihadista en él y de sus intenciones desestabilizadoras.

La brillante operación de inteligencia y militar que culminó con la muerte del terrorista más sanguinario y buscado de la historia, Osama Bin Laden, ha sacudido al mundo entero y ha tenido un impacto evidente en todas las sociedades del mundo, y muy especialmente en las sociedades islámicas en general y arabomusulmanas en particular. La inmensa mayoría del mundo se sintió aliviado, por no decir regocijado, por la desaparición de un monstruo egocéntrico, cruel, exhibicionista y sanguinario. También en la mayoría de las sociedades islámicas y árabes, la mayoría silenciosa, la desaparición del terrorista ha producido un profundo respiro, sabedora aquella de la barbarie de que era capaz. Sin embargo, no podemos ignorar que en una parte no desdeñable de muchas sociedades de ese mundo ha habido o una reacción de rechazo y condena a su muerte o de escepticismo por el desenlace real de la operación, y no pocas muestras de apoyo y hasta de admiración por semejante alimaña.

No podemos ignorar los serios riesgos a los que se enfrentan los procesos democratizadores en el mundo árabe, consecuencias a las que no somos en absoluto ajenos el resto del mundo, Europa y España muy en particular. ■



Foto: www.noticiasbaltes.com